



- Lo que es con ese equipaje
 no entrará en la posada.
 - Yo te daré la salida
 si tú no me das la entrada.

CHARLA INSUSTANCIAL

No asisto á las sesiones del Municipio porque nunca me olvido del gran principio que dice que es un crimen perder las ratas viendo cómo se arañan perros y gatos; mas dijeron que hablaba Santamaría y quise oír cómo hablaba S. S., que es como allí se llaman los ciudadanos, aunque sean fraternales republicanos.

Preguntando á unos y á otros y, por supuesto, poniendo mi ignorancia de manifiesto y, con buenas y malas contestaciones, pude llegar al sitio de las sesiones.

Ya estaban concluyendo; pero, así y todo, busqué por todos lados un acomodo, lo que difícil-

mente conseguir pude, já eso se halla sujeto quien tarde acude!

Me extrañó lo primero que por doquier, desde la última fila á la primera, sólo vi lerrouxistas de esos que acaso para el trabajo tengan el tiempo escaso, pero que siempre tienen vida sobrada para pasar el tiempo sin hacer nada. Yo me quedé pensando que seres tales se hallan haciendo estudios de concejales, pues que en tiempos pasados hacían lo mismo los que hoy son concejales del lerrouxismo, y piensan cueradamente, que así ha llegado don Emiliano Iglesias á diputado y, sin tener más dotes que su palique, el insignie Alejandro llegó á cacique. Finalmente, lo que hacen está bien hecho, pues si no sacan honra sacan provecho y se escuchan con hondas satisfacciones las grandes enseñanzas de las sesiones.

Por fin, yo no sé cómo, me hallé en un lado donde casi que estaba medio sentado, y oí que hablaba Vinaixa, fresco y sonriente y bastante expresivo, si no elocuente:

—Yo defiendo su ausencia porque barrunto que no hace falta alguna para este punto, y si Lladó á las horas se encuentra ausente, es porque hacer un viaje creyó prudente.

—¿Y quién le dió permiso? —otro edil grita.

—Lladó de esos permisos no necesita—vuelve á decir Vinaixa con aires fieros—. El no pide permisos, sino dineros, y esos siempre abundantes Lladó los tiene, porque Lladó hace siempre lo que conviene.

Esto hace que Marcilla mire y se asombre y exclame entusiasmado:

—¡Lladó es un hombre!

Lo que dice Vinaixa me da un barrunto de que Lladó es un punto; pero ¡qué punto!

De modo, digo entonces para mí mismo, que estos hombres honrados del lerrouxismo cuando quieren enfarran el equipaje y viajan, porque el pueblo les paga el viaje. Ahora es cuando me explico que á sus leales ofrezca Lerroux actas de concejales, pues que es de beneficios de gran cuantía cualquiera lerrouxista concejalía. Lo que parece incierto y hasta un ensueño es que así se nos burle tanto pequeño,



He aquí lo que en todas partes viene á ser la gran cuestión: el Imperio de Marruecos y el imperio del amor.

que abuse de nosotros, y que paguemos como unos mentecatos, como unos memos.

Santamaría y Herrero luego confirman lo que Vinaixa y otros de Lladó afirman; esto es, que se ha marchado, sin creer preciso que para el viaje nadie diera permiso, lo que muy fácilmente se comprendiera si Lladó de su viaje jamás volviera y si el Ayuntamiento no diera cuartos, para lo que tendría motivos harts.

Quedó, por fin, sentado que, por fortuna, Lladó no hace en la Casa falta ninguna y no debe su ausencia causar zozobra... ¿Falta? ¡Qué ha de hacer falta! ¡Lo que hace es sobra!

En fin lector amable, aquí en confianza te digo que recoge grande enseñanza quien, no teniendo graves ocupaciones, asiste sin dormirse á esas sesiones en que suelen decirse grandes verdades, descubriendose á veces intimidades que es bueno que se sepan y que se cuenten y hasta que se discutan y se comenten.

Pero como, lectora, no sé que hasta ahora por allí se presente ni una señora, y como que te enteres juzgo prudente, yo me iré á las sesiones regularmente, para contarte luego lo que allí ocurre, si es que tanto palique ya no te aburre.

SOLFANELLO.



EN ULTIMO CASO...

No, no puedo estar conforme con libres ni con pelmanos y creo que es error enorme querer criterio uniforme é imponerlo á garrotazos.

¿Dónde enseña el catecismo semejante enorridad? Es ya mucho oscurantismo creer que rompiendo el bautismo se abra paso á la verdad.

En nombre unos de la fe y otros en el nombre de santos principios humanos, nos van enseñando que el derecho está en las manos.

Y se piensa más de un zote, y lo dice sin rubor y sin que á nadie alborote, que el mejor es quien mejor sabe esgrimir el garrote.

Caemos así en el exceso con mucha facilidad, simbolizando el progreso ó la cristiana piedad con palos y tente tieso.

Y marchamos, ¡vive Dios! de unos los otros en pos sembrando temor y duelo como si fuéramos los peores azotes del suelo.

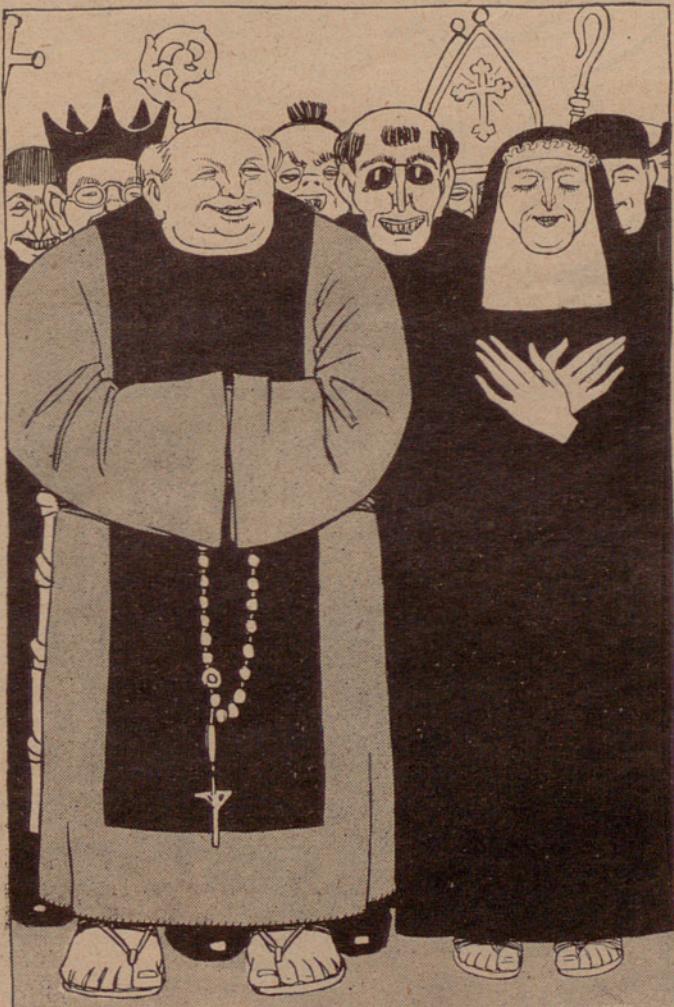
Defender á la moral con el sable ó con el palo, se me figura muy malo y creo que como inmoral no es lo de ellas lo más malo.

¡Es claro, lector prudente, que quien mata no redime y es mejor, por consiguiente, aquello que aumenta gente que lo que gente suprime.

De la vida en el ocaso creerás con facilidad que de moral no ande escaso;

pero entre uno y otro caso voto por la libertad.

FEDER SPIEGEL.



He aquí las preocupaciones que ha producido a la Iglesia nuestra ley de Asociaciones.



La discordia en todas partes = agita su horrible tea; = y don José con sus artes
encuentra siempre descartes = para triunfar sin pelea.

.*.

Siete años se han cumplido desde que Pedro se fugó encallado en mi traje á cuadritos. Y cuatro años han transcurrido desde que mi amigo me comunicó la noticia de que Pedro había muerto.

Hoy—6 de Abril de 1911—iba yo por la calle sin rumbo fijo. Caminaba lentamente. Miraba los aparcadores. De pronto quedé horrorizado. En la puerta de una tienda de ropa viajero se balancaba en una puerta, junto á ropa usadas, mi pobre traje á cuadros... [E]l mío! El mismo traje con que enterraron á Pedro en su tumba de Suiza. ¡Una alucinación! Yo lo supuse. Pero no... Entré en la tienda. Pedí el traje. Lo examine. Y os juro que era el mío. ¡Lo conozco tan bien! Le conocí todos los rincones. Estaba mucho más viejo. Más remendado. Mucho más sucio... ¡Era el mismo!

Ante el asombro 'o tendero rasgueó el forro. Bajo la solapa encontré el escapulario de la Virgen de Luján que aquellas "manos hábiles" y buenas, de que os hablé al principio habían cosido hace ya mucho tiempo... No cabía duda. Era el mismo... .*

—¿Cómo tiene usted aquí *esta americana*, este pantalón y este chaleco?

—Eso no le interesa—me respondió

—Sí, señor. Me interesa—contesté—. Soy empleado de policía. ¿Quién le vendió este traje?

—¡Ah! ¡Señor! Disculpe. Vea... Yo lo compré hace quince días á un pobre diablo que se moría de hambre. Me dió las tijeras. No tenía trabajo ni hablaba el español. Era un suizo. No sé más. Es todo lo que sé... .*

Epiloguemos. Compré el traje en diez duros. Ahí estás! ¡Ah! ¡Si hablara! Está en la perchá, como un ahorcado. ¡Pobre Pedro! Me asusta la idea de encontrarme en la calle con él. Si su mortaja ha podido volver hasta mi perchá, ¿por dónde andará vagando su cadáver?

JUAN JOSÉ SOTZA RILLY.

De pronto, en una encrucijada se cayó. El santo se detuvo un momento. Osciló en medio de momentánea confusión y después siguió adelante. Mattia Scafarola ocupó el lugar vacío. Dos parientes levantaron al hombre desmayado y le llevaron á una casa cercana.

Ana de Cenzo, vieja ducha en el arte de cuidar heridas, miró el miembro informe y ensangrentado; después sacudió la cabeza.

—Nada puede hacerse—dijo.

Su arte no le ofrecía ningún recurso en aquel momento. El Ummalido, que acababa de recobrar el conocimiento, no abrió la boca. Contemplaba su herida, sentado tranquilamente. La mano colgaba, triturados los huesos, perdida sin remedio.

Dos ó tres aldeanos viejos fueron á ver al herido. Cada uno, de palabra ó por señas, expresó igual parecer.

El Ummalido preguntó:

—¿Quién ha llevado al santo?

Le contestaron:

—Mattia Scafarola.

Volvío á preguntar:

—¿Qué hacen ahora?

—Cantan las vísperas con música.

Los aldeanos se despidieron y se fueron á las vísperas. Se oía repicar mucho en la parroquia. Un pariente puso al lado del herido un cubo de agua fresca y le dijo:

—Mete ahí la mano; luego volveremos, que vamos á oír las vísperas.

El Ummalido quedó solo. Cada vez repicaban más recio las campanas. La luz del día iba menguando; Sacudido por el viento, un olivo daba con las ramas en una ventana baja. El Ummalido, sentado, empezó á sumergir la mano poco á poco. A medida que se limpiaba de sangre y de cuajarones parecía más horroroso el desastre.

El Ummalido dijo para sí:

—Todo es inútil. Pierdo la mano. San Gonzalo, te la ofrezco.

Cogió un cuchillo y salió de casa. Como todo el mundo estaba en la iglesia, no había un alma en las calles. Por

encima de los tejados corrían las nubes moradas de los crepúsculos de Septiembre, nubes que remedan figuras de animales.

En la iglesia, al sonido de los instrumentos, la multitud amontonada cantaba en coro a intervalos regulares. Intento catar brotaba de los cuerpos humanos y de las llamas de los cirios. La cabeza de plata de San Gonzalo centelleaba en alto como un faro.

El Ummalido entró. En medio del general asombro, se encaminó al altar. Dijo en clara voz, con el cuchillo en la mano izquierda:

—San Gonzalo, te la ofrezco.

Y empezó a cortar la muñeca derecha, despacio, a la vista de todo el pueblo, trémulo de horror. Poco a poco se desprendía la mano informe entre oleadas de sangre. Quedó un segundo colgando de las últimas fibras; cayó después en la bandeja de cobre colocada a los pies del santo para recoger los donativos en metálico.

Entonces el Ummalido levantó el muñón ensangrentado y repitió con clara voz:

—San Gonzalo, te la ofrezco.

GABRIEL D'ANNUNZIO.

**

Nota al lector.

Aquí debiera terminar este cuento. Pero como no se trata de un cuento, sino, por el contrario, de una historia, debo finalizarla de otro modo, tal como ella ocurrió. Todo lo que he escrito está, sin duda, dentro de la lógica. No hay nada de extraordinario en un bohemio que presta a un compañero un pantalón, una americana y un chaleco. El compañero se va a Europa. Allí muere. Y lo enterraron con el traje del amigo... Pero lo extraordinario aparece después. La historia se complica. Interviene el misterio. Y es ahora que la emoción apresura mi pluma. ¿Podré continuar la narración sin perjuicio de la claridad que necesito? Cuando un escritor habla de cosas propias y reales, resulta más nebuloso que cuando describe escenas que a sueldo. Es más fácil mentir que decir la verdad.

Lector, la historia continúa.

«Pedro Estrada murió anoche. Ha dejado para usted la carta que le adjunto. Carecía de equipaje. Sólo tenía lo que llevaba puesto. Lo enterramos tal como estaba, con la misma ropa interior y el traje a cuadros.»

—[Mi traje] Lo enterraron con mi traje. ¿Sabías que era mío?

—Sí, Pedro me lo dice en su carta.

—¿Y qué más dice?

—Poca cosa. Mira. Aquí tengo su carta. Quería mostrártela. Escucha este párrafo: «...cansado de andar y de vivir, cansado de llorar y no comer, creo que una tuberculosis galopante está haciendo conmigo lo que no pudo hacer la polio... Me muero. He roto los papeleros que me comprometían. No hago testamento porque no sé si tengo derecho a legar a los hombres las miserias y los dolores que me gané en vida... Si encuentras en alguna taberna a mi hermano Luis —el único sér de mi familia que aun vive—, anúnciate mi muerte. A mi amigo Juan le dices que, como no tengo nada que dejarle, me llevo a la tumba el traje a cuadros que me prestó para la fuga. (Si queremos que nuestros amigos nos recuerden es necesario dejarles una herencia o llevarse algo de ellos a la tumba). Me llevo, pues, el traje. Me enterrarán con él.»



LOS PELIGROS DEL AUTOMÓVIL

El automóvil ofrece dos peligros: el uno para los que van dentro, el otro para los que están fuera.

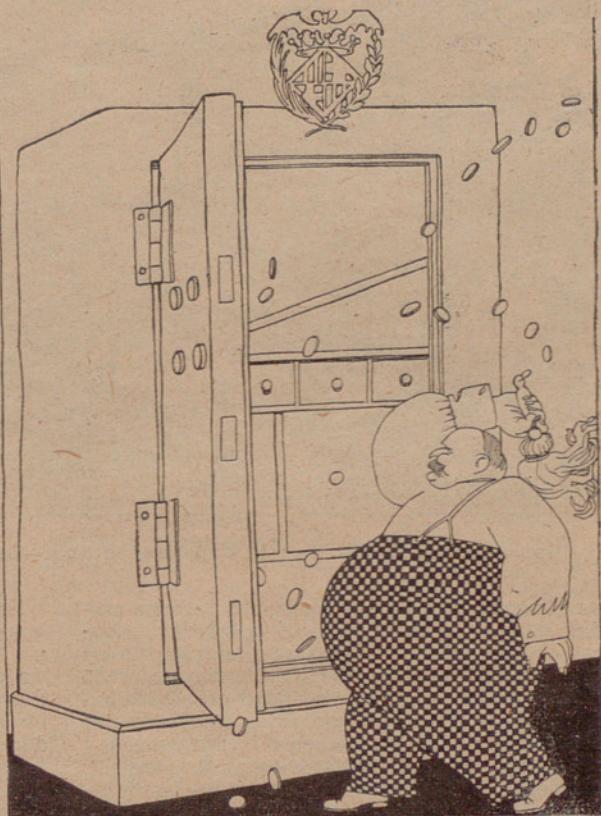
Y a los reconocen una sola y misma causa: la locura del automovilista.

No es de mi incumbencia, al menos en este momento, lo del peligro que corren los que van dentro del vehículo, sino el otro, al que estamos expuestos todos aquellos que estamos condenados á transitar á pie por las calles.

Llama la atención que de las grandes capitales europeas Madrid sea la que menos número de accidentes automovilísticos registra. ¿En qué consiste esto? No ha de ser, seguramente, en que los choferes madrileños sean más cautos que los de los demás países, ni en que los reglamentos de policía de la Real y Coronada Villa del Oso y del Madroño sean más rigurosos. La causa ha de ser otra y yo la atribuyo á la viveza de los peatones.

En Madrid no hay quien no tenga sangre torera en sus venas é instintos toreros. No falta allí quien se muestre enemigo de las corridas de toros, pero aún esos mismos saben lo que es un quiebro y sacar una vuelta al bicho. Todo madrileño, cualquiera que sea su edad, su categoría ó su sexo, cría alerta una calle ó una plaza, y si ve que se le echa encima un automóvil no pierde el sentido, ni mucho menos, sino que lo considera como si fuese un cornúpeta de cualquiera ganadería de cartel, lo deja venir y le da un recorte oportuno, con garbo y gallardía, saliendo limpio.

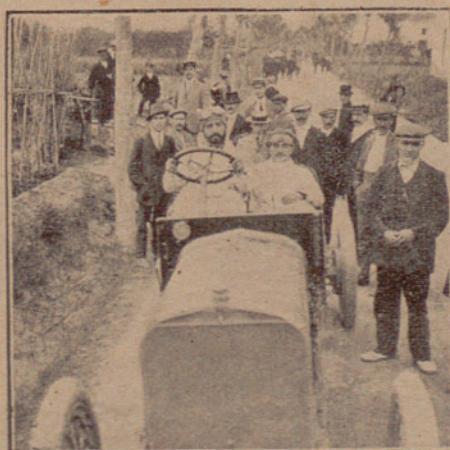
La suerte es riesgosa para quien no sepa de toros y no tenga sangre fría. Lo único que me pasa es que no le claven al auto un par de patroques en el testuz, por vía de complemento, ó



Y dice esta buena pieza:
—Lo primero es la limpieza.

no le den una estocada hasta mojar, por todo lo alto, para completar el espectáculo.

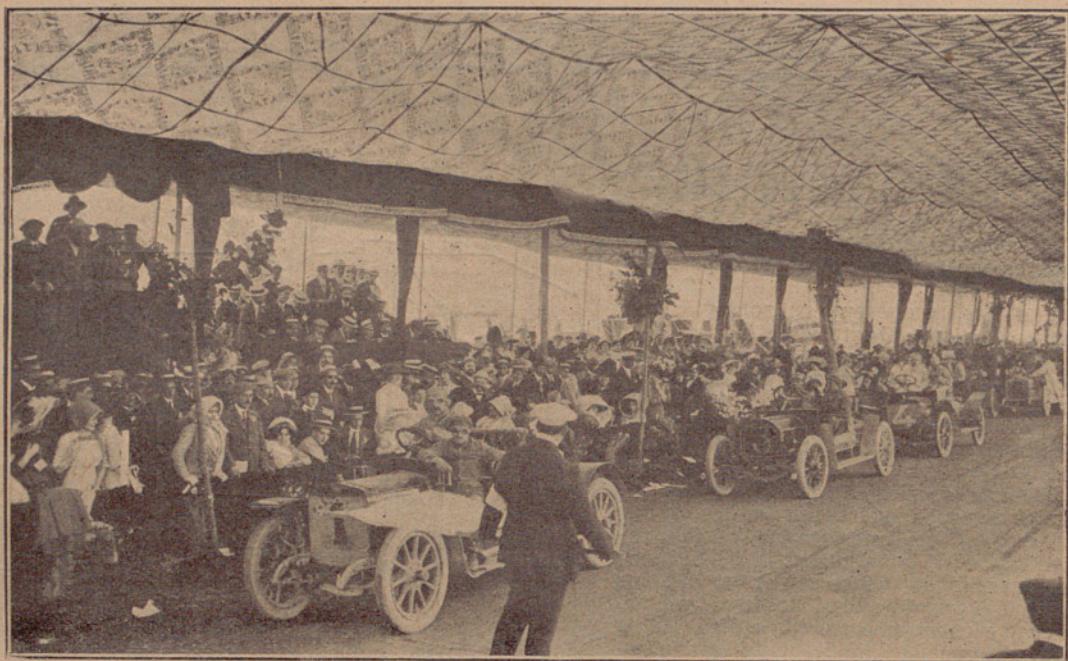
En París la cosa es distinta. Allí saben mucho



D. José Bons, ganador de la Copa Barcelona.



D. José Ciudad, ganador de la Copa de Alfonso XIII.



Las carreras de opción á la Copa Barcelona.—Los automóviles á su salida de Vilasar.

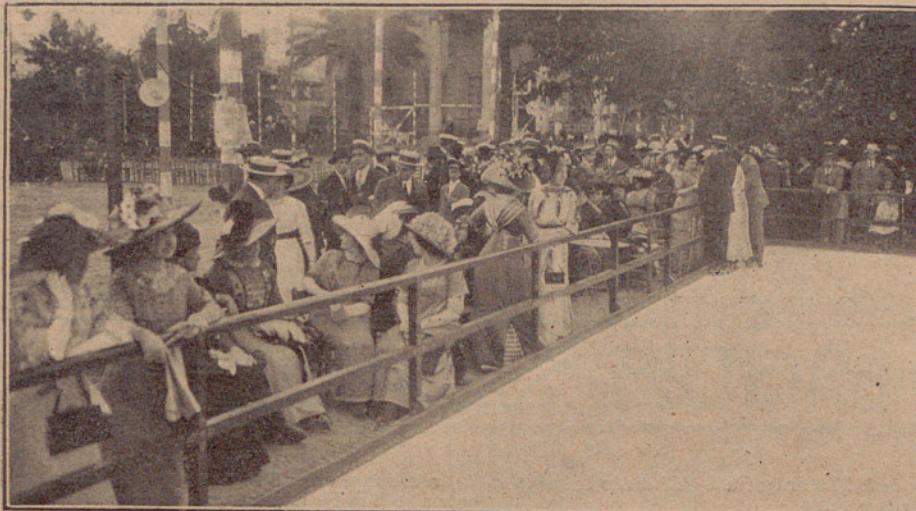
de can-can y de otras bromas más ó menos crudas; pero de toros, ni pizca, y se entregan miserablemente, como los picadores entregan á los caballos para animar la corrida. Parece que creen á pie juntillas en la inviolabilidad de la vila humana y que este principio es tan sagrado que hasta los automóviles tienen que reconocerlo y respetarlo. Pero el automóvil no reconoce más principio que el de la fuerza gobernada inteligentemente por la mecánica y lo mismo embiste á un poste que á un individuo, sin preocuparse por la diferencia esencial. En el primer caso se hace añicos la máquina, en el segundo tritura al individuo. Cuestión de resistencia y confirmación de la ley de la impenetrabilidad de los cuerpos.

En otras partes los reglamentos de policía gobernan el tráfico de los vehículos. En Francia no hay nada de eso. Iba yo á decir que reina el mayor espíritu democrático sobre el particular. Pero sería hacer grave injuria á la democracia. Lo que reina es la anarquía. Allí nadie toma su derecha, como en los Estados Unidos, ó su izquierda, como en la Gran Bretaña, sino que cada cual va por donde mejor le parece, con la circunstancia de que lo que parece á cada cual es lo peor que pudiera parecerle, porque siempre es con detrimento de los demás.

A esto hay que agregar la moda. La moda es un factor que entra en todos los problemas de la vida parisienne. La moda ha impuesto á las muje-



Un aspecto de la carrera.



Concurrentes al partido de tennis que se celebró en el campo de deportes de la calle de Muntaner, en honor de los que resultaron vencedores en las regatas celebradas en este puerto.

res la falda estrecha, que les quita todo recurso para escapar de la embestida.

En Rusia son más expeditos que en ninguna parte de Europa. Allí á la amenaza de muerte se opone la amenaza de muerte, la bomba contra el automóvil, lo que cura á los chofers de su locura de la velocidad.

En Alemania son pocos los accidentes y verdaderamente casuales. Allí todo está militarizado y los automóviles como todo. Un automóvil ha de rodar á tantas millas por hora. Así lo dice el reglamento, y no hay máquina que se atreva á violar la consigna, por más que el chofer lo pretendiera, que es imposible que lo pretenda. ¡Lo manda el superior! Tampoco hay automóvil que se atreva á adelantarse á otro porque pudiera ser que ese otro estuviese ocupado por un oficial de mayor graduación y se faltaría á la disciplina.

Pero en ninguna parte está arreglado lo de la defensa contra el automóvil como en los Estados Unidos, al menos en las calles y paseos de las grandes ciudades, que por lo que respecta á los campos, allí se cuecen habas á calderadas.

Pero en las calles se tienen todas las garantías apetecibles, aunque no se posea la ciencia de la tauromaquia de los madrileños, ni se recurra á los recursos rusos, ni se practique el militarismo alemán. Allí, en primer lugar, todo el mundo, por más magnate que sea, en virtud de su dinero ó de su posición política, está obligado á tomar su derecha y á formar cola, y lo hace instintivamente, porque así se lo han enseñado desde el kindergarten hasta la universidad. El que está de prisa, que tome calles menos frecuentadas ó que refrene su impaciencia. Si hay congestión en una vía, allí está un agente de la policía para regular el tráfico.

Cientos, miles de vehículos que van y vienen por Broadway ó la Quinta Avenida y cientos ó miles de vehículos que van y vienen por las calles transversales que desembocan en esas dos grandes arterias... El agente de policía levanta su varita y todos los vehículos se detienen como por encanto, sin que haya uno solo, así sea el de Pierpon Morgan, ó el del mayor de la ciudad, ó el del presidente Taft que pretenda pasar ade-



Balandros que se disputaban la Copa de Alfonso XIII. — Resultó vencedor el que aparece en segundo lugar, de izquierda á derecha, perteneciente al Club Marítimo del Abra, de Bilbao.

lante, hasta que el agente todo poderoso no da la señal para que prosiga el movimiento en uno ú otro sentido.

¿Por qué tiene tanto poder un solo hombre, desconocido, pobre, humilde, allí donde están tantos poderosos, de los más poderosos de la tierra, como que tienen la fuerza del dinero y de la posición política?

Porque detrás de aquel hombre humilde está todo un pueblo.

Ese es el mejor preservativo contra los peligros del automóvil en la parte que se relaciona con los que no vamos dentro.

Pero, por desgracia, lo del respeto á la policía es cosa que tardará mucho en aclimatarse en los pueblos de origen latino, en los que la palabra «policía» tiene, y no sin razón en numerosas ocasiones, mucho de despectivo.

C. VERA.



¡No hay duda! La oratoria de *Milianito Iglesias* es de mortíferos efectos. Bastó que el *arrojado compinche* de don Alejan-

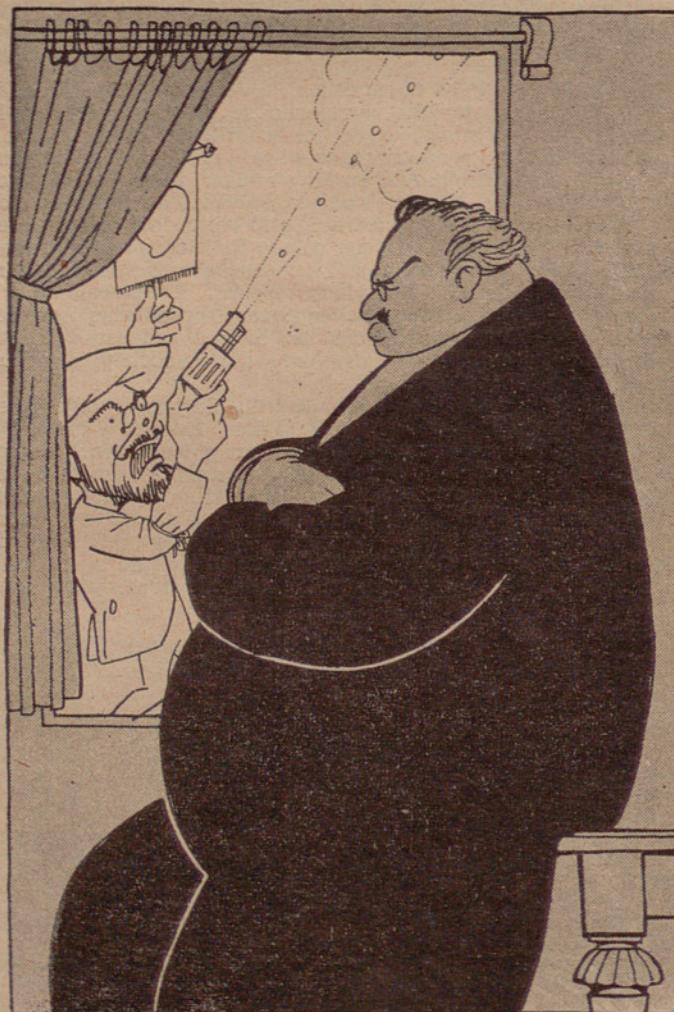
dro tomase en el Congreso la palabra sobre los sucesos de San Feliu para que no quedasen en los escasos de la Cámara más que dos diputados.... ¡sordos!

Hasta los ugieres se creían con derecho á protestar del discurso y á lamentarse de su amarga situación, que les obliga á sufrir pacientemente tan descomunales *latas*.

A la poste *Milianito* hará *pendant* con don *Pelmacio*.

¡Y ambos serán el *hazmereir* del Congreso!

De don *Pelmacio* á *Emiliano* hay muy poca diferencia; los dos son unos zoquetes *cargados de desvergüenza*.



—Ya sé que tiene disculpa la culpa de esos señores, pues que consiste su culpa en ser mis imitadores.



A *Lopas* el paquidermo no le ha gustado el *Saturno Parque*.

¡Era natural que así sucediera!

Cuando las *comb nas* no le resultan tal como las ha pensado apela siempre *Lopas* al mismo recurso: á tronar contra aquello que no le ha producido negocio.

¡Paquidermo desventurado!

Ya no haces de reir con tu pobre *campanilla*; ya sólo tu mucha hambre es la que despierta risa.

Leo:

“El duque de Tovar decía esta tarde en el Congreso ante varios periodistas que había hecho un gran sacrificio al votar el proyecto de Consumos, pues á él le corresponderá pagar anualmente unos nueve mil duros.

—Nunca me pagará esto el señor Canalejas—exclamaba.

No se queje el aristócrata; que si el señor Canalejas

más nadie les conoce el lado bueno del alma. Nadie les conoce el revés y el derecho de su corazón.

* * *

—Toma mi traje. Llévaselo á Pedro. Dile que sea feliz y que si quiere serio de verdad que se escape...

* * *

Desde aquella tarde han pasado siete años. Pedro salió escapado sin rumbo. Tal cual viaján los que no tienen dinero ó los que tienen demasiado. Se fué sin un céntimo. Se embarcó cuidando animales, como peón. Llevaba mi traje... Si en los momentos de hambre escarbó sus bolsillos en busca de monedas, tal vez haya encontrado algún triste soneto. ¡De qué le habrá servido! Ese papel moneda es tan cobarde— dice un chiste muy viejo—, que carece en absoluto de valor. Es cierto. Los únicos bancos en donde le conceden fácil curso legal son los bancos de plaza. Allí, en vez de libras esterlinas, se cuentan las estrellas. Tarea mucho más noble y más hermosa. Pero contar estrellas debilita el cerebro...

Tres años después de la fuga de Pedro me encontré con un amigo de ambos. Inquirí:

—¿Sabes algo de Pedro? Desde que se fué no he tenido ni una sola noticia de ese infeliz bohemio.

—¿Ignoras su desgracia?

—No sé nada.

—¿Es posible? ¿No sabes que ha muerto?

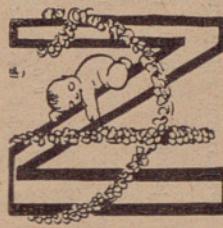
—¿Muerto?

—Sí, hombre. Murió hace tres meses, en Suiza, en una aldea próxima á Lausana.

—¿Cómo lo sabes?

—Pocas horas antes de morir le entregó al cónsul una carta para mí. El cónsul me la mandó, explicándome el suceso en breves líneas. Dicía:

LA HISTORIA DE MI TRAJE.



o has leído?

—¿Qué?

—Parece que la policía persigue á tu amigo Pedro Estrada. Le acusan de ser un anarquista peligroso. Toma, Lee.

«... la Comisaría de investigaciones está empeñada en la captura de un individuo de antecedentes escabrosos, llamado Pedro Estrada. Frecuentaba los Centros ácratas y es autor de varios libelos. Se le supone complicado en diversos crímenes anarquistas, etc., etc.»

* * *

Hablando del rey de Roma...

—Tin, Tin,

—¿Quién es?

—Soy Perico...

Perico era el sirviente de Pedro Estrada. Un sujeto muy fiel. Era un ignorante que sabía de las vidas ajenas mucho

más que Plutarco, pero prestaba á Pedro servicios incalculables. Servicios físicos y monetarios. Yo le había conocido siendo mozo de un restaurante barato. De allí lo sacó Pedro y lo tenía con él en carácter de escudero, portero, secretario y limpiabotas.

—¡Hola, Perico! ¿Cómo te va?

—No muy bien. Le traigo una carta de don Pedro.

Rompi el sobre y leí:

«Querido compañero: Te extrañaré el motivo de estas llenas. No te asustes. No quiero pedirte un imposible. Mándame con el portador un traje tuyos. Uno, cualquiera. Yo siempre te he visto con el mismo. Tal vez lo lleves de intento para mostrar la invariable faz de tu carácter. Mándamelo ensendida. Te lo ruego. La policía me sigue. Desde anoche tengo por domicilio un sótano. Antes que me encarcelen con ladrones vulgares prefiero enjuauarme en tu traje a cuadros. Mándame tu traje. Así podré figurarme esta noche sin que me reconozcan. Hasta la vista. Tuyo, Pedro.»

• * *

—¡Cómo! ¡Pedro me pide un traje! ¡El único que tengo! ¡No puede ser!

—Don Pedro me ha dicho que usted me daría un traje.

Eso dice la carta.

—Pero, ¿acaso ignora Pedro que no tengo más que uno?

—No sé, señor. Pero me ha dicho que usted me lo daría.

—Sí le mando mi traje, ¿con qué me visto yo?

—No sé, señor. Don Pedro me ha dicho solamente que usted me daría un traje.

—¡Callate, animal! No lo repitas.

—Muy bien, señor.

—¡Pobre Pedro! No podrá escaparse. Yo seré culpable de su perdición. Bueno, ¡Qué diablos! Sé lo mandaré. Aun tengo calzoncillos... Cuando nací estaba mucho más desnudo. Me pondré el sobretodo. Es largo. Me llega hasta los pies. Además, estaré unos días en la cama. Trataré de resfriarme.

—Y, señor, ¿me da el traje?

—Toma. ¡Lévateelo.

Tranquilamente me quité la ropa. Aquel traje era célebre sólo porque era viejo. Fue compañero mío durante seis veranos y otros tantos inviernos. ¡Pobrecito!

—Parece una Exposición de Bellas Artes —me dijeron cuando lo estrené, pues era un traje á cuadros. Muy bonito. Muy pintoresco. Parecía una jaula...

Quise despedirme de él. Lo extendí en la cama, con las piernas y los brazos abiertos. Lo contemplé de lejos para no arrepentirme del regalo. ¡Oh, mis pantalones! ¡Se iban quizás para siempre! ¡Por cuántas escaleras se cayeron... de espaldas...! Cuántas leguas anduvieron conmigo para olvidar mis penas furibundas y lucir mi orgullo de aristócrata... Y el chateco, ¡pobre chateco! Sus bolsillos daban aburgo solamente á mis dedos... Y la americana, ¡pobre chateco! Los codos estaban carcomidos. Pero los bolsillos estaban siempre llenos de libros y de diarios... Cada bolsillo era para mí un pozo de ciencia y de literatura. En el bolsillo interno, sobre el corazón, instalé la biblioteca de mis obras, es decir, manuscritos inéditos... En uno de los bolsillos exteriores, que era grande como un hospital, llevaba á Shakespeare, Milton, Cervantes, Nietzsche, mapas y cuentas á pagar. ¡Era el más abultado!... En el otro iban Paul de Saint-Victor, D'Annunzio y Santa Teresa de Jesús que tocaba á Voltaire. Aquel era también el depósito del tabaco... cuando lo baña. Además, otro de los rincones lo destiné á las cuentas á cobrar. Pero estuvo vacío eternamente.

Era una americana maravillosa. Tres veces sufrió transformaciones. Unas manos hábiles y buenas tenían á su cargo la curación de sus heridas. Cuando la tela variaba de color, esas mismas manos hábiles y buenas se apresuraban á ponerla al revés. Al año siguiente se realizaba la misma operación, y lo que antes había sido el revés y ahora el derecho, volvía nuevamente á ser revés para transformarse, al otro año, en derecho... Así fué cómo nadie pudo distinguir jamás cuál era el derecho ó el revés. Ocurre lo mismo con los hombres que han vivido mucho y que han sufrido

no le paga... el sacrificio
otro atenderá sus quejas.



—¿Qué le parece á usted la transformación del impuesto de Consumos?—preguntaba ayer una devota al párroco de...

—¡Muy bien!—contestó el presbítero—. En tanto que lo sustituyan con el impuesto de inquilinato no te哉a por qué quejarse, pues la iglesia me da casa...

—Pero como es usted propietario de fincas urbanas!...

—Pues por eso no me importa el asunto dos pepinos; si imponen ese tributo ¡que paguen los inquilinos!



El capitán de la *Cola de la gana* ha regresado de Madrid.

No ha hecho en la capital de España nada provechoso para Barcelona, pero se ha alimentado muy bien durante unos días y esto ya es bastante.

Y no debemos de quejarnos porque Lladó haya comido en Madrid unas tres semanas á costa del Municipio. ¡Ojalá esto se hubiera prolongado todo el tiempo que le queda de ser concejal!

Aun pagándole los gastos excesivos que él ha hecho durante estas tres semanas, se ha ahorrado el Ayuntamiento no teniendo aquí á Lladó diez mil pesetas lo menos.



—No tengas cuidado, Juan,
que ya lo cargo de hierros
y aunque ladra mucho el can
hay otros que son más perros.

¡Han temido los muy hipócritas que salieran á
relucir sus fechorías!

Pues hay que tener presente
que muchos del Comité
en cuestiones de mujeres
sostienen que mejor es
que una individua de treinta
tres muchachuelas de diez.

Los neos del Comité de Molestia ante la amenaza de relatar las hazañas moralizadoras de algunos de sus individuos, ha desistido de su titulada campaña de saneamiento social.



QUEBRADEROS DE CABEZA

Rompecabezas con premio de libros.



AMOROSO

Esta joven distrae su fastidio mirando el retrato de su novio, creyéndose sola, en lo que se equivoca, puesto que la espían su madre, dos hermanos y el propio original del retrato, es decir, el novio.

¿Quieren tomarse los lectores en trabajo de buscarnos?

CHARADA ZARZUELA

de Jaime Bassas.

PARTÉ DEL AÑO

ROSA

VOCAL

NOTA MUSICAL

Total una zarzuela.

MUDANZA

de J. Tolrá.

(Para Jaime Bassas.)

Hoy con su futura suegra
el señor todo riñó,
porque un par de todo hermosas
que tenía le robó.

Escondiólas dentro un todo;
y él, que tal maniobra vió,
fuera de si gritó: ¡¡Golfall!!
No me todo, y se acabó!

TARJETA
de Luis Buñuel.

LUISA. VIGOR. DE VEJELLS

Combínense estas letras de modo que expresen el título de una zarzuela.

CONVERSACIÓN

de Valentín Vall y Font.

—Podrás venir esta noche al teatro, Sanromá?

—No lo sé, pues tengo á mi cuñado enfermo de algún cuidado.

—¿Quién, Joaquín?

—No, el que hemos nombrado entre los dos.

MUDANZA

de Trini Sanjuán.

(A María Balasch).

El público vocinglero

no cesaba de gritar:

—¡No queremos este todo!

y que nos saquen total!

Y unidas las dos palabras

todo inversa el freno ya,

á coro todos gritaban:

—¡Queremos todo total!

SOLUCIONES

(Correspondientes á los quebra-
deros de cabeza del 27 de Mayo.)

A LA TARJETA
Los amantes de Teruel.

AL ROMBO
Perro.

A LA LETRA NUMÉRICA
Celebridades.

AL ROMPECABEZAS CON PREMIO DE LIBROS
Lisardo.

Elias Howe, inventor de la máquina de coser. Ricardo Arkwright, inventor de la máquina de hilar algodón.—Felipe Oberkancpf, creador de la industria de telas pintadas.—Condesa de Cinchon, introductora de la quina en Europa.—Juan Nicot, introductor del tabaco en Francia. Federico Achard, transformador del zumo de la remolacha en azúcar.

Han remitido soluciones.—A la tarjeta: Mariano Castillón, Vicente Soriano, José M. Coll.

Al rombo: Benita Iglesias, P. Soler (Geron), Enrique Castro, Facundo Casanova, José M. Coll.

A la letra numérica: P. Soler, Enrique Castro, Vicente Soriano, Valentín Vall y Fons (Hospitalet de Llobregat), Pedro Mas Cuguet (Premiá de Mar), José M. Coll.

Al rompe cabezas con premio de libros: Angelita González, Benita Iglesias, Facundo Casanova, Jaime Caritg Forgá, José M. Coll, Enrique Coll.

—◀ ANUNCIOS ▶—

ARTÍSTICO REGALO

á los que padecen de Neurastenia, Inapetencia, Debilidad, Palpitaciones de corazón y demás enfermedades que reconocan por base la desnutrición orgánica, comprando al autor seis frascos del poderoso **Fosfo-Glico-Kola Doménech** costarán sólo pesetas 21, tónico-reconstituyente y se regalará una artística maleta metálica, litografiada, de muchas aplicaciones. Muestras gratis al autor, **Ronda de San Pablo, núm. 71.** — Farmacia premiada por el Excmo. Ayuntamiento de Barcelona.

PIDASE PARA CURAR LAS

ENFERMEDADES NERVIOSAS
ELIXIR
POLIBROMURADO
AMARGÓS



QUE CALMA, REGULARIZA Y FORTIFICA LOS NERVIOS
UNIVERSALMENTE RECOMENDADO POR LOS MÉDICOS MÁS EMINENTES

Su acción es rápida y maravillosa en la EPILEPSIA (mal de Sant Pau), COREA (baile de San Vito), HISTERISMO, INSOMNIO, CONVULSIONES, VERTIGOS, JAQUECA (migrana), COQUELUCHE (catarro de los niños), PALPITACIONES DEL CORAZÓN, TEMBLORES, DELIRIO, DESVANECEMIENTOS, PERDIDA DE LA MEMORIA, AGITACIÓN NOCTURNA y toda clase de Accidentes nerviosos.

Farmacia del Dr. AMARGÓS, PLAZA DE SANTA ANA, 9.

Dr. CASTELLARNAU

Especialista en **Vías Urinarias**. Tratamientos modernos de efectos rápidos.
 Curación radical de la avariosis por el nuevo procedimiento

del **Prof. EHRLICH**, fórmula

Consulta de 11 á 1 y de 5 á 8. — RAMBLA DEL CENTRO, 11, pral.

EL TORMENTO

EN LOS

CONVENTOS

~~~ POR ~~~

FRAY GERUNDIO

Un tomo de 220 páginas, 1 peseta. Se vende en el kiosco **Blanco y Negro**, Rambla de las Flores, frente á la calle Hospital. Por 1'25 se remite certificado á provincias.

606

RAMBLA DEL CENTRO, 11, pral.

MAGNESIA

El Citrato de Magnesia Granular efervescente Bishop es el mejor refrescante que se conoce. Puede tomarse todo el año. Delicioso como bebida matutina, obra con suavidad en el estómago e intestinos.

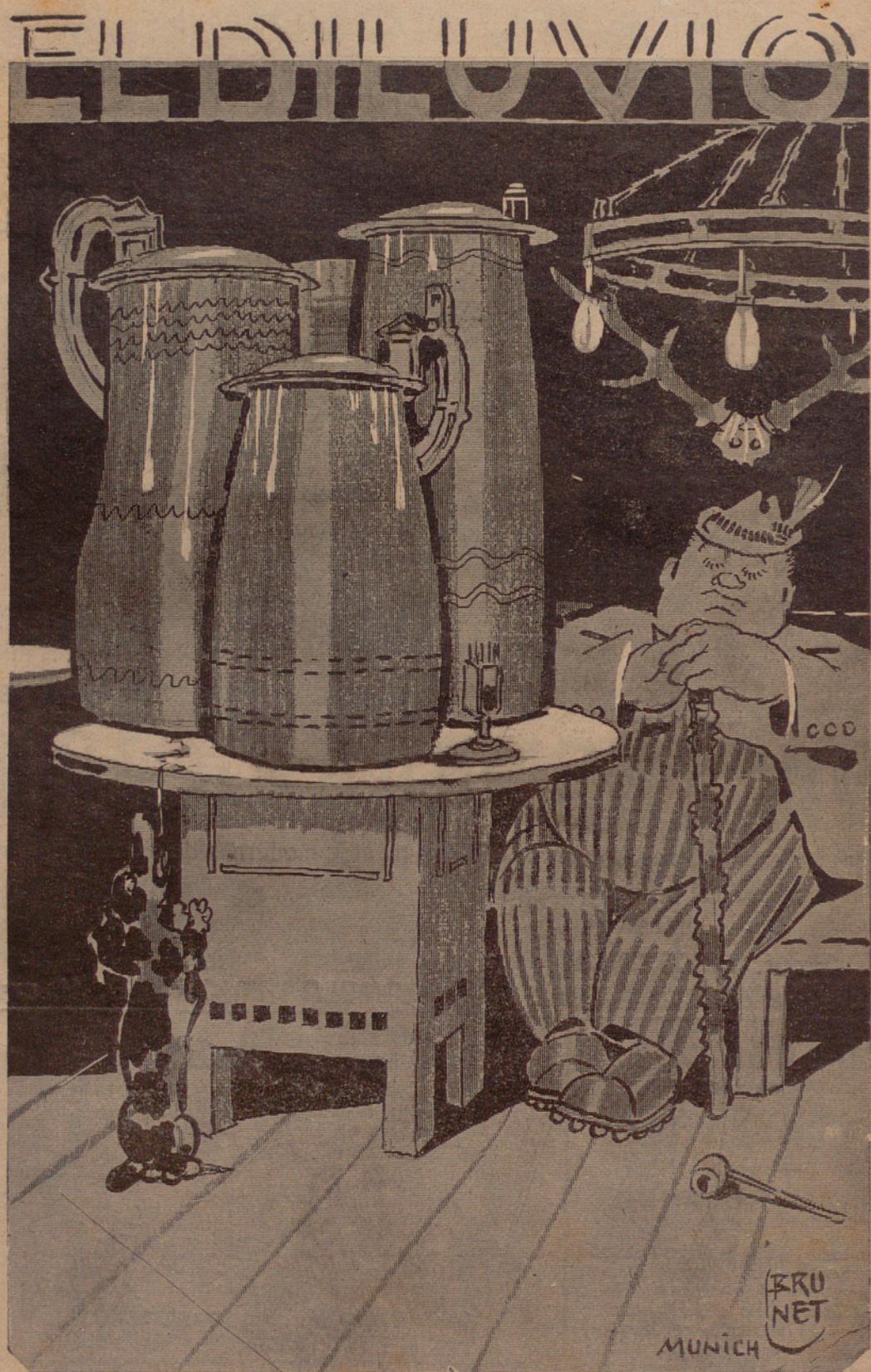


DE BISHOP.

Inventado en 1857 por Alfred Bishop, es insustituible por ser el único preparado puro entre los de su clase. Exigir en los frascos el nombre y señas de Alfred Bishop, Ltd., 48 Spelman Street, London.

DESCONFIAR

DE IMITACIONES



Escenas de la vida alemana.